



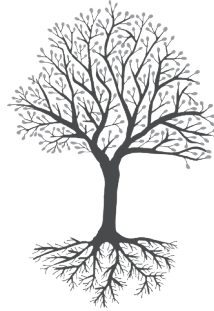
**Ana Rosa García Mayorga.  
Ludismo e imaginación creadora**

**Ada Aurora Sánchez**



# **Colección Nuevas Raíces**

**1**



**Ana Rosa García Mayorga.**  
**Ludismo e imaginación creadora**

**Ada Aurora Sánchez**



*Ana Rosa García Mayorga. Ludismo e imaginación creadora*, Ada Aurora Sánchez.  
México: Editora Nómada, 2024. Colección Nuevas Raíces, 1.

Primera edición: 2024

ISBN: 978-607-8820-23-8

DOI: <https://doi.org/10.47377/8820238>

Editora Nómada  
[www.editoranomada.mx](http://www.editoranomada.mx)

Fotografía de portada: Diego Jáuregui.

Fotografías de interiores: Archivo personal de Ana Rosa García Mayorga, con excepción de las fotografías incluidas en las páginas 59 y 60, de Diego Jáuregui; página 86, de Edwin Rolón; y página 88, de Sigi Pablo.

# Índice

Presentación

[ 7 ]

La vida a orillas del río Magdalena

[ 9 ]

Un proyecto de educación artística infantil en Nogueras

[ 25 ]

Narrar la vida con agujas y colores

[ 45 ]

Galería de imágenes

[ 59 ]



## Presentación

La Colección Nuevas Raíces ofrece cabida a perfiles periodístico-literarios en torno a mujeres extranjeras residentes en México que, tras años de asimilarse a la cultura nacional, se dedican al ejercicio del arte en cualesquiera de sus manifestaciones o a la promoción de la cultura. Desde el nuevo espacio que habitan, crean y proyectan su personalidad y visión de mundo.

Memoria, migración, reinención y sueños se traslucen en estas vidas en las que palpita, en una rica simbiosis, el país de origen junto con ese otro donde han echado nuevas raíces.

Considerando que los pueblos se enriquecen a partir del intercambio de culturas y de formas de ver la vida, así como con el arte mismo, resulta

revelador conocer el trabajo y el lado humano de mujeres que dan cuenta de adaptación y tránsitos, de creación y desarrollo social.

Nuevas Raíces se inaugura con el perfil de Ana Rosa García Mayorga, docente, artista y narradora oral colombiana que reside en la ciudad de Colima, México, desde hace treinta y seis años y que llevó a cabo una extraordinaria labor en cuanto al despertar de la creatividad y la imaginación en niñas y niños colimenses, a través de la reconocida, nacional e internacionalmente, Unidad Lúdica “Margarita Septién”, de Nogueras, Comala.

Más allá de la información que se expone, se comparte en este perfil una esencia, un espíritu que sabe vivir de manera lúdica y colorida cada día de su existencia.



## La vida a orillas del río Magdalena

Su nombre puede leerse al derecho y al revés, y siempre dirá lo mismo. A-na. a-nA. Es un palíndroma y, como todos los palíndromas, es un juego lingüístico, un chispazo que nos regalan las palabras. Su nombre completo es Ana Rosa García Mayorga Tapia, y, bien visto, en Rosa hay una osa, y entre Rosa y Ana, una rana. Será por ello que, en sus creaciones de retazos de tela e hilo, en sus trabajos de cartonería o en sus alebrijes, siempre asoman, de una manera u otra, los animales, las plantas, el sol y la fantasía, para convocar la fuerza de la vida, las narraciones y el canto.

Ana Rosa nació en Guamal, provincia de Magdalena, Colombia, el 15 de septiembre de 1936. Nació en un pueblo que se extiende a las orillas del

río Magdalena, ese que Gabriel García Márquez describe en su novela *El amor en los tiempos del cólera* como el afluente por el que Fermina Daza y Florentino Ariza se adentraron en un buque para consumir un amor pospuesto durante cincuenta y un años, nueve meses y cuatro días.

En Guamal crece una vegetación exuberante animada por árboles de gran talante como el sapán, el cedrillo, el cabo de hacha, la ceiba amarilla, el carolí y el guayacán hobo. Sus aves endémicas son el gavilán cenizo, la garza azul, el cardenal, la charola petirroja y el pespírito de copete gris. Pero también hay micos colorados, monos tití de cabeza blanca, ardillas, jaguares, ocelotes, venados y zorros del monte. Vida sobre vida, como en un lienzo de múltiples colores. Este espíritu tropical, macondiano por mágico, es lo que se trasluce en el trabajo artístico-artesanal de Ana Rosa García Mayorga, pero “colimotizado”, porque, como veremos más adelante, la colombiana vino a vivir a México en 1970 y, de entonces a la fecha, es ya, por

adopción, mexicana o, para ser más exactos, colimense-guamalera, si cabe la toponimia.

En enero de 1988, Ana Rosa llegó a Colima después de haber fundado en Cuernavaca unidades de iniciación artística y de haber coordinado actividades culturales en Tepoztlán, Morelos. Fue Víctor Sandoval, entonces subdirector del Instituto Nacional de Bellas Artes, quien le sugirió entrar en contacto con el historiador Ernesto Terríquez Sámano, director de Cultura en Colima, para explorar nuevas oportunidades de trabajo, dado que ella quería cambiar de lugar de residencia.

En el transcurso de una serie de entrevistas conversamos sobre su arribo a Colima, su infancia, su juventud y su trabajo creador y pedagógico, aunque ya mucho antes, por gracia de una amistad que no sé bien cómo fue

desenvolviéndose, habíamos intercambiado visitas en nuestros respectivos hogares y con nuestras respectivas familias.<sup>1</sup>

Generosa en la conversación, pero selecta con los amigos que sienta a su mesa y para los cuales cocina recetas heredadas de su madre, Ana Rosa pondera el sentido estético de los alimentos a la vista de los comensales, el ritual de la mesa bien puesta con cubiertos elegantes y manteles bordados; y, desde luego, la dulce fiesta del postre suave y el café oloroso, concentrado, que otorga más energía a la plática.

En el centro de la sala de Ana Rosa, una mesa de madera, de baja estatura y rodeada de sillones, se convierte en la primera cosa que llama la atención del visitante: tiene un cristal transparente por el que uno se asoma a un fondo de arena blanca en el que se distinguen malaquitas esparcidas, ojos de

---

<sup>1</sup> Las entrevistas se realizaron los días 7 de mayo de 2023 y 3, 10 y 27 de febrero de 2024, en la ciudad de Villa de Álvarez, Colima.

tigre, lapislázuli, amatistas, ágatas, abalorios, y piezas sueltas de un collar prehispánico que despiertan embeleso ante esa especie de galería mineral de tiempos brillosos y entremezclados.

En la estancia hay cuadros, fotografías, pequeñas esculturas y plantas lozanas y lustrosas que parecieran ofrecer su mano de clorofila.

—¿Y cómo fue que esta colombiana se hizo colimense? —pregunto para desgarnar la primera de las entrevistas.

Ana Rosa esboza una sonrisa ancha, se acomoda su collar de aros de plata, y piensa unos segundos la respuesta, para otorgar mayor expectativa al instante:

—Yo estaba dirigiendo la cultura en Tepoztlán, pero ya había comenzado a cerrar ciclos porque decía: “Hasta aquí ya he hecho todo lo que tenía que hacer”, y estaba viendo a dónde me iba. Víctor Sandoval me habló de

Colima, entonces les dije a mis hijos: “Creo que nos vamos a Colima”, y me contestaron: “¿Y eso qué es?, ¿dónde está?”.

Ahorita buscamos en un mapa –explica Ana Rosa que les dijo a sus pequeños–, y festeja el modo en que se lanza a la aventura, al bendito azar que, según sus palabras, ha marcado su camino en innumerables ocasiones y le ha brindado, con frecuencia, soluciones a sus problemas.



Hija de Juan Francisco García Mayorga Von Estrhalen, el dueño de una fábrica de jabón de ropa y tres veces alcalde del pueblo de Guamal, y de

Dolores Cecilia Tapia Polo, dedicada a las tareas del hogar, aunque con una fuerte inclinación por el activismo social y cultural, Ana Rosa fue la cuarta hija, de una familia de once hermanos, entre quienes sobreviven los escritores María Isabel y Juan Ramiro, así como Josefina, docente de filosofía, y Elizabeth, dedicada a la administración de su casa.

Ana Rosa aprendió a leer a los cinco años, con los nombres de las mercancías de la tienda de abarrotes de sus padres y en los libros de la biblioteca de su casa. Leía los cuentos infantiles de los hermanos Grimm, los que después contaría a las niñas y los niños de su barrio, con el precoz histrionismo de sus diez años.

—Ya por la tarde, cuando amainaba el sol, porque mi pueblo tenía la misma temperatura de Tecomán y era chiquitito, chiquitito, yo corría por todo el pueblo, y decía: “Ya van a empezar los cuentos”, y ahí llegaban los

niños, unos con troncos, otros con un banquito, y yo les contaba historias afuera de la casa”.

Ana Rosa fue una niña de complexión menuda y alto sentido de la independencia, preguntona, muy poco dispuesta a aceptar las normas sin cuestionarlas. A los catorce años estuvo internada en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, en Santa Cruz de Mompós, pueblo cercano al suyo, a donde iban los hijos de familia pudiente, pero la expulsaron por leer en un acto público un texto que hablaba de Martín Lutero, en sentido contrario a lo esperado dentro de un espacio religioso en que “Lutero era casi como decir el diablo”, según explica ella misma.

Para tranquilidad de la familia, la hija pudo egresar de la Escuela Normal Superior María Auxiliadora, de Santa Marta, Colombia, en 1957. Realizó un año de estudio de la carrera de Filosofía y Letras en la Pontificia Universidad Javariana de Bogotá, donde hubiese concluido sus estudios de no ser porque



su padre, seguidor de Wagner, compositor de *Tristán e Isolda*, descubrió que su hija, en lugar de asistir a la biblioteca todas las tardes a realizar tareas, se pasaba las horas en compañía de un novio que estudiaba Derecho y con quien compartía el gusto por el teatro y el liderazgo social. Este “desliz” de Ana Rosa hizo que su padre la obligara a volver por un tiempo a casa, desde donde podía ejercer una vigilancia más estricta de esa hija que un día soñó que alguien la llamaba “La Cuinga” y pasó a asumir el mote con naturalidad al interior de su familia, como si la palabra aquella pudiera ser sinónimo de andariega o fantasiosa.

En Bogotá, Ana Rosa consiguió trabajo como docente en la Universidad Libre de Colombia y en el Colegio San Patricio. Ejerció durante más de una década el magisterio, hasta que una periodista, por mera casualidad, le habló de un curso de capacitación en el método Waldorf, en México, y se vino con

la intención de estar dos meses, pero se ha quedado por más de cincuenta y cuatro años.



Recién llegada a la hoy Ciudad de México, a principios de los setenta, Ana Rosa entró en contacto con el colimense Antonio Barbosa Heldt, supervisor escolar del sector 4 en la Secretaría de Educación a nivel federal y quien años más tarde sería electo gobernador de Colima, aunque no pudo ocupar el cargo, pues falleció en septiembre de 1973, mes y medio antes de rendir protesta.

Por recomendación de Barbosa Heldt, auditor de la Secretaría de Educación federal, en 1971, Ana Rosa ingresó a trabajar como docente a la primera escuela del método Waldorf que se impulsó en México. Juan Berlín, exalumno de Rudolf Steiner, creador del método en Stuttgart, Alemania, fue quien promovió el proyecto piloto en Iztacalco, en colaboración con la Secretaría de Educación Pública. Así, con estatus migratorio de “estudiante de la Reforma Educativa” de Luis Echeverría, Ana Rosa pasó sus primeros años en el país conociendo y aplicando la pedagogía Waldorf.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Esta pedagogía pondera, entre otros aspectos, el trabajo cooperativo, las etapas de desarrollo propio de cada niño o niña, y el arte y las manualidades como elementos clave de su formación integral. La escuela Waldorf es obra del austriaco Rudolf Steiner, quien, en 1919, funda la primera escuela y, a partir de allí, su visión educativa se disemina por el mundo. A través de Juan Berlín, quien la estudió en Alemania, la pedagogía Waldorf llega a México y, aunque hubo intentos previos a 1971 de iniciar este método centrado en el estudiante y el arte, tardó algunas décadas en adoptarse en el país. Hoy en día, en cambio, más de la mitad de los estados cuenta en el sector privado con escuelas Waldorf, incluyendo Colima.

—Mi trabajo tenía que ver con lo creativo y también con el preinicio a la lectura y a la escritura. Después de eso dediqué dos años exclusivamente a explorar la parte artesanal mexicana; en esa época eran muy cotizados los textiles y los bordados. Por un interés personal hice alebrijes con don Pedro Linares, él fue quien empezó esa tradición. Decía: “Los de aquí creen que mis cosas son muy feas, los únicos que tienen estimación por lo que hago son los extranjeros”.

Ana Rosa viajó por todo México para conocer la tradición textil y, mientras lo hacía, se mantuvo económicamente de la elaboración y venta de joyas artesanales hechas de cobre y piedras semipreciosas. Todavía hoy le distingue, a título de sello especial de su personalidad, el empleo de collares y aretes artesanales que acentúan su jovialidad y elegancia.

—Y este espíritu viajero, un tanto inusual en la mujer promedio de los setenta, ¿de dónde le viene? —pregunto mientras admiro su blusa de hilado oaxaqueño.

—Este espíritu me viene de que nací en una familia muy rigurosa, con una disciplina férrea, y en contraste recibí la influencia de lo gitano. Yo amaba que los gitanos siempre quisieran cambiar de lugar, recogieran sus cosas y se fueran a todos los pueblos y ciudades. Me he dado cuenta de que buscar que me comisionaran a distintos sitios fue influencia de los gitanos. Me parecía horrible vivir la vida en la misma casa.

—¿Los gitanos visitaban con frecuencia su pueblo?

—Sí, iban por todos los pueblos, por la ciudad también. Había un solar que colindaba con nuestra casa, donde ellos ahí llegaban; inclusive desde el cercado, que entonces era cercado de madera, de trocitos de árboles, yo veía sus ceremonias. Hubo un matrimonio que me pareció divino; todo lo que

hacían, la ceremonia, el respeto a las mujeres. Los gitanos tienen una moral súper estricta y son creyentes en Dios; los que a mí me tocó conocer trabajaban en dos cosas: en la venta y compra de caballos, y en la compra de cobre, porque la gente cambió el cobre cuando se deslumbró con el aluminio. Ellos aprovecharon esto y compraron todo el cobre de la región. Me acuerdo que me asomaba a la tienda de mis padres para sacar cosas para ellos; por la cerca les entregaba arroz, panela, azúcar, dulces, cigarrillos, lo que podía...

En su pueblo, Ana Rosa escuchó muchas historias trágicas y oscuras sobre los gitanos; pero lejos de asustarla, esas historias le atrajeron siempre, como a un hermano suyo que terminó yéndose por años con un grupo de gitanos a recorrer los caminos de Colombia y a hacer de la casa móvil una forma de vida. Ana Rosa también tuvo ganas de escaparse, y, como los gitanos, viajar ligero y llenarse los ojos de sol y gente. Viajó, pero quizás no

tanto como le hubiese gustado. En 1960, cuando estaba en el aeropuerto de Bogotá, a punto de abordar un avión para Cuba, donde pensaba trabajar de alfabetizadora en el marco de las transformaciones que impulsaba la entonces fulgurante Revolución cubana, Colombia rompe relaciones con el gobierno de Fidel Castro, y se deshacen los planes de Ana Rosa de viajar con otros jóvenes a la isla caribeña. Esta circunstancia, azarosa sin duda, fue la que desvió su camino y la hizo buscar otros horizontes en dirección a México, una década más tarde. Antes, en 1963, ya había viajado a Leiston, Inglaterra, con el propósito de conocer e interiorizar el Proyecto de la Escuela Democrática, Summerhill, fundado por Alexander S. Neil.

En nuestro país, además de la pedagogía Waldorf, que en realidad no practicó tantos años, puesto que construyó su propio sistema de enseñanza, conoció al joyero Sigifrido Pineda Robles, y comenzó a formar una familia con él a partir de 1973. Tuvieron dos hijos: Sigi Pablo, nacido en 1974,

fotógrafo profesional; y Maya, nacida en 1975, dedicada a la salud materno-infantil. Por aquella época, Sigifrido Pineda era un mexicano carismático, destacado en su oficio y empresa, aunque celoso, y ella, una docente colombiana con espíritu artístico, necesitada de la conversación y de hacer amistades. En 1982 se separan tras haber vivido en Valle de Bravo, Estado de México, y Cuernavaca, Morelos; después de haber coincidido en el gusto por las piedras y la joyería.



## **Un proyecto de educación artística infantil en Nogueras**

Ana Rosa ha vivido cincuenta y cuatro años en México, de los cuales treinta y seis han sido en la ciudad de Colima, donde ha desarrollado una labor fundamental con respecto a la formación artística de cientos de niños y jóvenes. Siendo titular de la Coordinación de Desarrollo Cultural Infantil del Instituto Colimense de Cultura (después Secretaría de Cultura y hoy Subsecretaría de Cultura), impulsó e impartió un gran número de talleres de libre expresión artística en colonias vulnerables que demandaban una mayor atención debido a sus problemáticas sociales, como fue el caso de la colonia El Tívoli, en la parte sur de la ciudad de Colima, y en la que se reconocían problemas

graves de narcotráfico y violencia. En el periodo de 2002 a 2011, Ana Rosa buscó incidir, con el apoyo del Programa “Alas y Raíces”, de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil, en lo que se conoce como la reconstrucción del tejido social, bajo la óptica de que, como ella afirma, “el arte contribuye de manera contundente al cambio personal, familiar y comunitario, y, en consecuencia, se convierte en un componente de seguridad social”. En sentido paralelo, por cuanto a la atención a grupos vulnerables, Ana Rosa promovió conciertos, actividades artísticas y visitas a niñas y niños de la Asociación Pro Personas con Parálisis Cerebral (APAC), de la Fundación de Autismo Tato, del Centro de Atención Múltiple “Jean Piaget” y de la sección de cáncer del Hospital Regional Universitario, en la ciudad de Colima.

Uno de los proyectos más trascendentales de Ana Rosa ha sido, sin duda, la creación, en 1996, de la Unidad Lúdica “Margarita Septién”, en la comunidad rural de Nogueras, Comala, con el cobijo del Instituto Colimense de

Cultura, dirigido entonces por Luis Ignacio Villagarcía y, ya como Secretaría de Cultura, por Ana Cecilia García Luna. A partir del segundo año de su creación, la Unidad Lúdica recibió apoyo de la Universidad de Colima, a través de los rectores Fernando Moreno Peña y Carlos Salazar Silva, para el empleo de una sala específica en Nogueras, la impartición de clases de violín, donación de instrumentos y transporte para asistir a exposiciones y recitales dentro y fuera del estado de Colima.

Nogueras es una comunidad pequeña, de poco más de trescientos habitantes, pródiga en árboles de naranja, buganvillas y crotos. Ubicada a 2.2 kilómetros de la cabecera municipal de Comala, parece una postal turística con su paisaje de casas de teja roja, una capilla y los restos del chacuaco de un antiguo ingenio azucarero, fundado, con su respectiva hacienda, por don Juan de Nogueras en 1704.

La exhacienda de Nogueras alberga en la actualidad diversos espacios culturales como el Museo Universitario “Alejandro Rangel Hidalgo”, en honor al pintor colimense, reconocido, entre otros méritos, por sus tarjetas postales “Ángeles del mundo”, para la UNICEF, y quien heredó de su familia la prominente hacienda del poblado; el Centro Universitario de Gestión Ambiental, y el Eco-parque Nogueras. Se encuentra también una escuela primaria, una explanada central alrededor de la cual se ubican las construcciones mencionadas, una tienda de *souvenirs* con reproducciones de dibujos y pinturas rangelianas, y un par de restaurantes. La calle empedrada de la capilla, a un costado de la explanada, desemboca en caseríos y corrales donde el viento rumorea entre los árboles.

Si Ana Rosa solo hubiera encontrado este paisaje de naturaleza abundante y algarabía de pájaros, todo hubiera sido ideal, pero en la comunidad de Nogueras también había dificultades económicas, alcoholismo y deserción

escolar. De ahí que un proyecto como la Unidad Lúdica “Margarita Septién” fuera necesario para alentar un programa de desarrollo comunitario integral, basado en la liberación lúdica-creativa y el sentido de identidad y autoestima de las niñas y los niños participantes.

La primera etapa de este proyecto duró de 1996 a 2011. 105 niñas y niños, de entre 6 y 12 años, de la Escuela Primaria Rural “José María Morelos”, de Nogueras, Comala, recibían, dentro de su horario de clases y de acuerdo con sus preferencias, sesiones de artes visuales, literatura, música, teatro, narración oral, danza o acrobacia. Ana Rosa impartía los dos primeros talleres y, el resto, otros profesores. Dentro de los docentes que participaron en la Unidad Lúdica, en su primera etapa, se encuentran Bertha Velasco (coro), Davide Nicolini (violín), José Antonio Frausto (piano), Abraham Elías López (flauta), Jorge Romero (música prehispánica), Francisco Lozano, Jaime Velasco y Armando Hernández (teatro), Alfredo Torres Gómez (danza),

Arturo Sevilla (auxiliar de artes visuales), Lulú Plascencia (narración oral) y Tonatiuh Morales (acrobacia).

Con la intención de echar a andar la Unidad Lúdica, Ana Rosa comenzó por conversar de manera cercana con los habitantes de Nogueras, a fin de conocer sus valores, tradiciones e idiosincrasia. Se propuso que la Unidad Lúdica se apreciara como un patrimonio de la comunidad, pues era la comunidad misma quien debería alimentar con sus historias y elementos identitarios el espíritu creativo de las y los participantes. Para transformar hábitos o esquemas culturales negativos, había que ofrecer alternativas, y el arte, como estrategia educativa y liberadora, era una de ellas.

Ana Rosa contó con el apoyo decisivo de profesoras y profesores de la escuela primaria de Nogueras, de los padres de familia, y de personajes prominentes de la cultura en Colima como el arquitecto Gonzalo Villa Chávez, el cineasta Alberto Isaac, vecindado en Comala, y el propio Alejandro Rangel

Hidalgo, que vivía en la capital colimense después de haber vendido a la Universidad de Colima la hacienda donde transcurrió su infancia y luego habitó con su esposa Margarita Septién, fundadora de la Escuela de Trabajo Social “Vasco de Quiroga” de Comala, Colima.

Las numerosas fotografías de las sesiones de trabajo de la Unidad Lúdica brindan testimonio de niñas y niños en recorridos por su comunidad, visitando personas con el propósito de repartir libros o recopilar leyendas y anécdotas; de jovencitos que juegan trompos y carreras con sus padres en la explanada central de la comunidad; de niñas y niños concentrados en las sesiones de literatura, en el salón decorado con pinturas elaboradas por ellos mismos; de chicas y chicos alegres, enfocados en el diseño de un mural, de un retablo, de móviles de papiroflexia; en el modelado del barro, en la pintura de una sombrilla, en el montaje de una obra de teatro, en bailes, en música de tambores y caracoles, en el estudio del violín o en un ensayo coral.

Crean jugando y juegan creando. Se les ve felices, dueños de un espacio y un tiempo singulares en el que la infancia se desarrolla al amparo de la imaginación y el fortalecimiento emocional.



Parte de los trabajos y resultados de la Unidad Lúdica “Margarita Septién”, fundada y dirigida por Ana Rosa García Mayorga, se expusieron en eventos internacionales realizados en la Haya, Holanda; en Hamada y Tokio, Japón; en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York, Estados Unidos de Norteamérica; en Frankfurt, Alemania; en la Organización de Estados



Americanos, en Canadá; en la Casa Blanca, en Washington, D. C.; en Belgrado, Serbia; y en Johannesburgo, Sudáfrica.

La Unidad Lúdica tuvo participación en el Papalote Museo del Niño en la capital del país, en el Museo Nacional de las Culturas Populares, en el Museo de Arte Moderno, en las oficinas de la Secretaría de Salud del Distrito Federal, en diversos espacios de la Secretaría de Cultura de la Delegación Iztapalapa, en el Centro Cultural Infantil “La Vecindad” de Cuernavaca, Morelos, en la Secretaría de Cultura de Michoacán, en la Casa de la Universidad de Colima en el Distrito Federal y, desde luego, en numerosos espacios colimenses: Centro Cultural Nogueras, Casa de la Cultura, Pinacoteca Universitaria, Parque Regional, Teatro Hidalgo, Plaza Zentralia, entre otros.

A pocos años de la fundación de la Unidad Lúdica, algunas de sus niñas y niños obtuvieron premios internacionales en concursos promovidos por organizaciones de Japón, Canadá y Estados Unidos. El talento colimense fue

apreciado a través del cartel de la Trigésima Reunión de la Organización de los Estados Americanos, en el año 2000, y en el de la Asamblea General de las Naciones Unidas, de 2001, por ejemplo.

Las exposiciones y montajes interdisciplinarios que promovió Ana Rosa partieron de la necesidad de conjuntar diversas artes, como, a la vez, de rendir homenaje a algún creador o literato, desde el aporte personal de cada niña y niño que, con base en su propia imaginación y entorno, impregnaba su huella en los productos colectivos. Dentro de los espectáculos y exposiciones logrados, destacan los siguientes: “Construyendo mi propia historia”, exposición, 1997; “Con olor a jazmines blancos”, exposición-homenaje a Federico García Lorca, 1998; “Quimera” y “El príncipe preguntón y la niña que riega la albahaca”, obras teatrales de Federico García Lorca, 1998; “Una mirada a mi entorno y a mí mismo”, exposición, 2000; “Balcón abierto a todos los horizontes”, exposición, 2001; “La re-vuelta de Silvestre”, homenaje

a Silvestre Revueltas, 2001; “De vírgenes, ángeles y otras denominaciones”, exposición de las niñas y los niños retableros de Nogueras, 2001; “Yo también tengo una historia”, exposición, 2001; “Entre lo divino y lo humano”, exposición, 2002; “Historias platicadas con formas, sonidos y colores”, exposición, 2004; “Cachitos de Colima II”, exposición, 2006; “Cuando los trapitos y anexas se ponen a platicar”, exposición plástica, 2006; “Cuentos del viejo perro colorado”, obra de teatro, 2007; “Entre el volcán y el mar”, exposición, 2008; “El enamorado de la muerte”, homenaje a José Guadalupe Posadas, obra de teatro, 2009; “Noches de concierto-Violín”, 2009; “Itinerario por los tiempos del color”, exposición, 2011.

Ana Rosa señala que una de las lecturas que más impactó a las niñas y los niños de Nogueras fue la poesía de Federico García Lorca, quizá porque evoca el mundo de los gitanos, la luna llena, el olivar y el nardo. Un mundo

que se parece, en cierto modo, a Noguerras, con su ambiente campirano y los trabajadores de espíritu migrante.

Un bello niño de junco,  
anchos hombros, fino talle,  
piel de nocturna manzana,  
boca triste y ojos grandes,  
nervio de plata caliente,  
ronda la desierta calle.<sup>3</sup>

Isabel, la hermana menor del poeta andaluz, mediante una carta fechada el 24 de febrero de 1998, agradece a nombre de la Fundación que lleva sus

---

<sup>3</sup> Federico García Lorca. “San Gabriel (Sevilla)”, en *Romancero Gitano*, *Librairie des Éditions Espagnoles*, Madrid, 1947.

apellidos, la carta con dibujos y alusiones a la poesía de su hermano, que niñas y niños de la Unidad Lúdica le hicieron llegar:

Queridísimos niños,

Os mando a todos mil gracias llenas de cariño por las cartas tan bonitas con preciosos dibujos que me habéis enviado, hablando en todas ellas de poemas de mi hermano Federico. Yo estoy segura que a él le hubiera hecho muy feliz.

Os prometo que haré llegar vuestra carta a los Reyes, que la recibirán con la generosidad y simpatía que les caracteriza.

Os envía un saludo muy cariñoso,



Isabel García Lorca

Las niñas y los niños de la Unidad Lúdica aprendieron a viajar con las historias que les narraba su profesora Ana Rosa, con los libros que a ella, de niña, le despertaron la imaginación; aprendieron versos de memoria, escucharon diversos tipos de música, sintieron el ritmo de su corazón y gozaron del reconocimiento en sus presentaciones y exposiciones. Comenzaron a desear un futuro mejor para ellos y sus familias. ¿Por qué no continuar estudiando, por qué no dedicarse al arte, por qué no trascender esquemas culturales? Estos niños llevaron a sus hogares un dibujo, un cuadro, una melodía, un poema, un premio; llevaron una esperanza y el anhelo de transformar su comunidad.

En el libro *Niñas y Niños Creadores de Colima*, publicado por la Secretaría de Cultura y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), en 2003, se recuperan textos y fotografías de creaciones plásticas de los infantes que participaban en la Unidad Lúdica. Uno de esos creadores, José

Luis Barreda, de 9 años, escribió: “Federico está vivo,/ vivo se pasea por todo el mundo,/ de su boca salen minutos/ y flores de albahaca y yerbabuena”. ¿Quién podría dudar que García Lorca está vivo y un día conoció los naranjos y los azahares de Nogueiras?



Para Ana Rosa es sumamente importante que el arte forme ciudadanos de bien, conscientes de la realidad social, que cuiden el medio ambiente y “desarrollen a través de la actividad lúdica-creativa los aspectos físicos, emocionales, cognitivos, intuitivos y estéticos”. Para ella, cada taller conlleva

“promover la autoestima y el sentido de pertenencia; hacer de los niños, jóvenes y adultos, agentes de cambio social, cultural y de seguridad pública”.

Los dibujos y los textos de las niñas y los niños de la Unidad Lúdica viajaron, pero también sus creadores: primero a distintas partes del estado de Colima y luego de la República mexicana. En el caso de sus pinturas y poemas, incluso fuera del país. A título de un ejercicio de carácter ético, los pequeños escribieron –para expresar admiración y gratitud– a los familiares de personalidades a quienes rendían homenaje con alguno de sus espectáculos. De esta manera, la destacada académica Eugenia Revueltas Acevedo tuvo noticias del homenaje multidisciplinar dedicado a su padre, el famoso violinista y compositor mexicano Silvestre Revueltas, quien, siendo niño, tomó clases de violín en la ciudad de Colima con José Levy Rheims, director de la Orquesta “La lira colimense”. Eugenia visitó la Unidad Lúdica



“Margarita Septién” y conoció, junto con su esposo, el Dr. Abelardo Villegas, el espectáculo en honor a su padre.

Joan Davidow, embajador de Estados Unidos en México, a través de una misiva fechada el 16 de agosto de 2002, agradeció los poemas y pinturas que le hicieron llegar las niñas y los niños de la Unidad Lúdica para compartirle sus percepciones frente a los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001.

En la Unidad Lúdica, los infantes reflexionaron sobre su comunidad, su familia y sus anhelos más íntimos. En el niño tímido nació la palabra; en el distraído, la concentración; en el violento, la paz; en el triste, un espacio de convivencia y alegría; en el artista, la ilusión de un camino a seguir.

Herbolaria, fiestas populares, historias de la Cristiada, entre otros tópicos de la memoria colectiva, fueron recuperados por las niñas y los niños de Nogueras. De esa información surgió la necesidad de revivir la tradición de Las Cruces, del 3 de mayo, y de las mascotas que se visten con atuendos

llamativos para que sea la comunidad quien elija a las ganadoras, dígase una coneja con falda morada y sombrero naranja, o una chivita de diadema verde y tiras de papel de China al cuello.

El segundo periodo de la Unidad Lúdica “Margarita Septién”, alentado por la Fundación Manos en tu Ayuda, que dirige el doctor Carlos Salazar Silva, tuvo lugar de 2017 a 2020, bajo el mismo esquema de trabajo de la primera etapa: talleres de varias disciplinas artísticas, con énfasis en literatura, artes plásticas y música, abiertos para las niñas y niños de la comunidad de Nogueras y colonias conurbadas de Villa de Álvarez. Al descender el número de habitantes en Nogueras, se extendió la invitación a niñas y niños de otras comunidades de Comala; sin embargo, no logró conjuntarse el mismo número de participantes de años anteriores. La falta de recursos económicos y la pandemia por COVID-19 ocasionaron que la Unidad Lúdica durase menos tiempo que en su primera etapa, aunque lograron realizarse

dos exposiciones de arte visual infantil en la Casa Club del Fraccionamiento Real Hacienda y dos más en el Centro Cultural Universitario de Nogueras. En la segunda etapa colaboró, además de Ana Rosa García Mayorga en las clases de artes visuales y literatura, la profesora Andrea Sarahí Valdivia, auxiliar general de los talleres, así como los maestros de guitarra Carlos Virgilio Amezcua y René Hernández Corona, quienes realizaron algunos conciertos con sus alumnos en Nogueras, al igual que el profesor de violín, Rogelio Zúñiga. Después de la pandemia por coronavirus, la Unidad Lúdica ya no volvió a funcionar conforme a su concepción original y bajo la dirección de Ana Rosa, aunque hoy en día las niñas y los niños de Nogueras tienen acceso a algunos talleres artesanales.

Con frecuencia, Ana Rosa recibe noticias de antiguos alumnos que ahora son profesionistas destacados o, simplemente, hombres y mujeres de bien en sus respectivas familias y espacios. Celebra al que le envía mensajes desde

Barcelona o París, a los que la visitan para presentarle a la descendencia, a los que le llaman en la calle agitando su mano para decirle que la recuerdan con cariño. Motiva a todos, en especial a quienes por diversas circunstancias no pudieron continuar estudiando, pero se afanan día con día en ser buenos ciudadanos y ciudadanas. Todos ellos –piensa Ana Rosa– tienen al menos una orilla de su infancia trazada con colores, poesía y las notas de una ronda pegajosa que habrán de recordar por siempre: *Naranja dulce/ limón partido,/ dame un abrazo/ que yo te pido.*

## Narrar la vida con agujas y colores

La carpeta de arte *Historias colimotas, platicadas por agujas y colores*, de Ana Rosa García Mayorga, se editó en 1995, por parte del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Colima (FECA), en la época en que Luis Ignacio Villagarcía era coordinador de este fondo y director del Instituto Colimense de Cultura. La carpeta contiene diez reproducciones de tapices originales de una exposición en homenaje al pintor Alejandro Rangel Hidalgo y, tanto la creación de obra artística, como la edición de la carpeta, contaron con dos becas del FECA: 1993-1994 y 1994-1995.

Los tapices, desde sus títulos, muestran la vida en Nogueras, con sus personajes emblemáticos, como Alejandro Rangel Hidalgo, y los paralelismos

que establece la autora entre Colima y espacios literarios colombianos: “Colima y Macondo se dan la mano”, “La escuela Vasco de Quiroga y el espíritu de Margarita Septién”, “El 3 de mayo en Nogueras”, “Chayito Ponce, la mujer de los jardines”, “Cuando Javier Rangel Hidalgo convirtió el río de la Barragana en un torrente de limonada”, “Si el niño Dios hubiera nacido en Colima”, “Mi familia y yo por las huertas de Nogueras, rumbo a Comala”, “Simbiosis del recuerdo... ‘Toda la vida’”, “La familia Rangel Hidalgo en Nogueras” y “La Guadalupe-Tonatzin en el corazón de Nogueras”.

Si nos acercamos a “Simbiosis del recuerdo... ‘Toda la vida’”, podremos ver una pareja en la cubierta de un buque de vapor, con guacamayas, niños, flores blancas de tallos altos y espigados, y hasta una mujer-ángel con espada. La pareja lleva sombreros como de personajes de la Edad Media; él, además, rosas rojas; ella, un ramo de rosas blancas en la mano izquierda. La túnica de la mujer se extiende por el buque y se derrama en jirones por el

río de color azul que navegan, para simular largas raíces por donde trepan peces de colores.

Mariposas, árboles de corazones, estrellas y soles que esplenden fulgurantes evocan una vida de asombros y ensoñaciones. El buque avanza echando humo de puntitos negros y azules, obligándonos a mirar y remirar los hilos, las puntadas, las texturas y los recortes de tela para tratar de entender cómo se produce esta bella combinación entre lo noguereño y el espíritu del Caribe que asoma su rostro en la representación de un río como el Magdalena y un buque garcíamarquesiano que lleva un par de enamorados.

El escritor y dramaturgo Emilio Carballido escribe, en la presentación de la carpeta *Historias colimotas...*, que “estas obras de Ana Rosa tienen como referencia inmediata toda una tradición de arte popular, pero ella añade un cuidado y una perfección mucho mayores y, lo más esencial: mirada y sensibilidad de artista. Sus cuadros son una visión de realidad que nos provoca

sonrisas conmovidas”. Y sí, lo que provocan estos tapices son sonrisas conmovidas por la libertad y el juego de humanos y ángeles, dragones y pájaros, que cruzan los cielos, los mares, los ríos, con desparpajo y naturalidad.

El sincretismo latinoamericano en cuanto a cultura y creencias, ritos y folklor, se percibe en los tapices de Ana Rosa. En todos se muestra la hibridez, las tradiciones entretejidas; la simiente de la vida que prende en la nube, en los vientres, en el agua, en los árboles que se conectan con la tierra y con el cielo en un maravilloso ejemplo de organicidad y plenitud.

Las creaciones individuales y los productos artísticos de los talleres infantiles que ha impartido Ana Rosa en Colima y en otras partes del país han tenido un éxito notable porque despiertan en el espectador una alegría de vivir tan espontánea como una ronda infantil o unas *carreritas* en un parque soleado.



Lectora sistemática de arte, educación, literatura, filosofía, desarrollo humano y cábala, Ana Rosa lleva a cabo una mezcla gozosa y estimulante de experiencias diversas, de libros y geografías, para, como en el caso de la ensalada que prepara a base de espinacas, almendras tostadas, moras, fresas y vinagreta, acercarse a lo natural, a lo indígena y lo mestizo, a la fantasía y a la invención.

Como creadora, entre las artes plásticas y la artesanía, Ana Rosa García Mayorga ha presentado exposiciones individuales y colectivas en Colombia, México, Alemania y España. Mencionemos algunas: “Tapices y animales fantásticos. Exposición lúdica textil”, 1991; “Arpillería y animales fantásticos”, 1992; “Exposición de muñecos de trapo”, 1995; “Alebrijes de Colima”, 1999, “Cuando las agujas se sientan a platicar” y “Zoología arquetípica”, de 2011.

Ana Rosa ha realizado diversas exposiciones con tapices de hilos y retazos de tela, alebrijes, animales fantásticos de tela y relleno, en formato

tridimensional, y cartonería artística. Su trabajo convoca el regocijo del espectador, el ansia de tocar lo creado, pero también de descifrar su simbolismo. Es un arte afín al niño o niña interior que no cambia (o no debería) con la edad.

En 2023, Ana Rosa concluyó una serie de tapices dedicados al mundo torero. Dos de los personajes a quienes les dedica sendos tapices son Conchita Cintrón, “La Diosa Rubia del Toreo”, de origen chileno y famosa en México a finales de los años treinta y principios de los cuarenta del siglo pasado, y Rodolfo Rodríguez, “El Pana”, torero mexicano que murió semanas después de ser embestido por el toro de lidia Pan Francés.



De pie, con los brazos en asas sobre las caderas, Ana Rosa cuenta la anécdota de una perra que interrumpió la presentación de ciertos monjes hindúes en la Casa de la Cultura de Colima, y suelta unas sonoras carcajadas. Lo antisolemne le atrae, lo mismo que la espontaneidad de niñas y niños que no saben de protocolos, ni abstenerse de comentarios inapropiados. Irónica a ratos, crítica siempre, Ana Rosa comparte en sus entrevistas anécdotas de su familia, de alumnos o de conocidos: es una narradora profesional, literalmente. La primera vez que contó historias en Colima fue en el auditorio de la Facultad de Letras y Comunicación, a principios de los noventa, ante estudiantes y docentes. Después, en diversos espacios culturales de Colima

y de la Ciudad de México, como la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes.

El Encuentro Internacional de Narradores Orales, de Monterrey, Nuevo León, y el Festival del “Cuento de Buen Humor”, organizado por la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica (CIINOE), en la Ciudad de México, son parte de los foros más importantes en que Ana Rosa participó en el año de 1990.

Tras el prolongado encierro por la pandemia del coronavirus, Ana Rosa ofreció en la ciudad de Colima, en diciembre de 2022, el espectáculo *Memorias del corazón*, con historias de su natal Colombia y de Cuba. La función se llevó a cabo en El Patio, espacio escénico alternativo que dirigen el colombiano Francisco Lozano y la mexicana María del Carmen Cortés.

En aquel diciembre, Ana Rosa narró la historia de amor prohibido entre María Pocillos, una mujer sensual y extrovertida de la provincia de la

Magdalena, y un guapo forastero que atrajo la maldición de pequeños seres que se alimentaban de alfileres y agujas, y solo desaparecieron cuando una niña descubrió, por casualidad, que morían con un puñado de sal esparcida sobre sus cabezas.

De baja estatura y pelo corto, expresiva y rápida con sus manos, Ana Rosa contó historias de los gitanos que vendían caballos en su pueblo; y de La Barranca, una mujer que preparaba las arepas más ricas y exitosas de todo Colombia. La narradora fue desgranando sus historias entre hipérboles y superlativos, en la tónica del realismo mágico, entre risas e interrupciones de los asistentes que, alentados por ella misma, compartían anécdotas y comentarios.

Entre otras distinciones, Ana Rosa ha obtenido la Presea Chamán de Narración Oral por parte de la Cátedra Iberoamericana Itinerante de Narración Oral Escénica, en 2004; el Coming Up Taller Award, del Comité

Presidencial para las Artes y las Humanidades de los Estados Unidos de Norteamérica, recibido en Washington, D. C., de manos de Laura Bush, en 2006; la Presea “Rafaela Suárez”, otorgada por el H. Congreso del Estado de Colima, en virtud de la labor desarrollada en el campo de la educación artística infantil, en 2009; un homenaje por parte de padres de familia y exalumnos en el Centro Cultural Noguerras, en 2016; y el reconocimiento de Maestra Universitaria Distinguida, por parte de la Universidad de Colima, en atención a su amplia trayectoria e incidencia cultural en favor de las infancias, en 2023.

En la ceremonia de distinción universitaria, enmarcada en la Feria del Libro Altexto y en la que el poeta tapatío Ricardo Castillo también recibió un reconocimiento, Ana Rosa compartió por qué se quedó a vivir en Colima: “Tenía referencias de que este era un estado muy interesante, pequeño, abaricable y disfrutable, y sucedió un fenómeno mágico, me atrapó la fuerza

telúrica de este estado, que me recordaba mucho a mi niñez en mi pueblo natal”. La flora de su pueblo y la de Colima, dijo, son parecidas en más de un sentido, con árboles como las primaveras y las parotas, aunque ella los conocía por cañaguates y orejonas, respectivamente. “Además de la fuerza de la tierra, me encontré con un fenómeno cultural en Colima, y es que hallé una universidad con programas que no había encontrado en otros lugares (estoy hablando de más de treinta y cinco años), como eran el CENEDIC [Centro Nacional Editor de Discos Compactos], el Ballet Folklórico de talla internacional, facultades bien organizadas, y una cantidad de eventos culturales impresionante”.

Según recuerda Ana Rosa, cuando vino a vivir a Colima había gran eferescencia en todas las actividades culturales, “era un estado en que no había estrés, ni racismo, ni xenofobia; uno llegaba a las casas y enseguida le decían: ‘Esta es su casa’. ¿Cómo no me iba a quedar? Renuncié a mis viajes, y mis hijos y yo dijimos: ‘Hemos llegado a la tierra prometida’”.

En Colima, la profesora ha pasado casi cuatro décadas y ha recopilado decenas de historias orales que ha transformado en un libro a la espera de su publicación. Gente mayor de Comala le compartió leyendas y anécdotas personales, para que ella, a la sazón de su estilo, las convirtiera en relatos que hablan de la vida rural y la memoria colectiva.

Cuando se le pregunta a Ana Rosa qué le quedó a deber Colima, contesta que nada, que solo tiene agradecimiento, pues, entre otras razones, aquí crecieron sus hijos, y aquí echaron raíces. No obstante, refiere que le quedaron algunos objetivos incumplidos: “Quise hacer en la Unidad Lúdica un proyecto que uniera las raíces indígenas, españolas, de negros y filipinos, pero no fue posible. El proyecto iba a tener una parte musical muy importante, combinada con lo histórico y lo literario, porque la herencia negra y filipina, aunque no se quiera reconocer de manera abierta, está presente”.



Ana Rosa, la hija de un violinista de ascendencia alemana cuyo sueño máspreciado era dirigir una orquesta, y de una madre de familia que llegó a ser alcaldesa interina en el pueblo de Guamal; la que encontró en Nogueras los murmullos de su tierra, la que buscó cambiar las vidas de niñas y niños a través del ludismo y la imaginación creadora; la que baila vallenato, la que tararea canciones a todas horas, la que hace una fiesta para la flor de Sac Nikté que aparece una vez al año en su pequeño jardín, es una gitana en casa, pues aunque ya no viaja, a sus ochenta y siete años, sigue siendo libre, nómada, en los relatos que cuenta y escribe, en los planes que proyecta, y en la alegría intacta, indómita, con que teje, día a día, la vida y sus historias dulces e increíbles al mismo tiempo.

Colima, Col., mayo de 2024.



## Galería de imágenes



Nogueras, Comala, 2024.



Espacio utilizado por la Unidad Lúdica “Margarita Septién”,  
Nogueras, Comala, 2024.



Niñas y niños de la Escuela Primaria Rural “José María Morelos” en su clase de artes plásticas, en la Unidad Lúdica “Margarita Septién”, 1997.



Ángel Paz, alumno de la Unidad Lúdica “Margarita Septién”, con un muñeco de cartón y engrudo, a manera de ejercicio de autorrepresentación, 1998.



Niñas y niños de la Unidad Lúdica “Margarita Septién” en su clase de canto, con la profesora Bertha Velasco, 1998.



Ana Rosa García Mayorga con una alumna de la Unidad Lúdica “Margarita Septién”, en la preparación de una instalación de artes plásticas, 2001.





Niñas y niños de la Unidad Lúdica “Margarita Septién”,  
con el profesor de teatro Francisco Lozano, 2002.



Ana Rosa García Mayorga conversa con niñas y niños de la Unidad Lúdica "Margarita Septién", 2005.



Ana Rosa García Mayorga, con alumnas y alumnos de la Unidad Lúdica “Margarita Septién”, repartiendo libros en la comunidad de Noguerras, 2010.



Alumna de la Unidad Lúdica “Margarita Septién” participa con su chivita en el Concurso de mascotas disfrazadas, promovido por Ana Rosa García Mayorga, en Nogueras, Comala, 1999.



“Estampas Navideñas”, presentación de niñas y niños de la Unidad Lúdica  
“Margarita Septién”, en el Centro Cultural Nogueras, 1997.



Estudiantes de violín de la Unidad Lúdica “Margarita Septién” participan en un concierto, acompañados por su profesor de instrumento Davide Nicolini y por el pianista José Antonio Frausto Zamora, Ciudad de México, 2006.



Javier Ramos y Andrea Ramos, alumnos de la Unidad Lúdica “Margarita Septién”, en la representación de la obra “El príncipe preguntón y la niña que riega la albahaca”, de Federico García Lorca, explanada de la Escuela Primaria Rural “José María Morelos”, 1998.



Niñas y niños de la Unidad Lúdica “Margarita Septián” presentan en la plaza Zentralia, de Colima, Colima, un número de danza y música prehispánica; los acompaña su profesor de música Jorge Romero, 2007.





Los pequeños de la Unidad Lúdica “Margarita Septién” pintan sobre la superficie de sombrillas, se preparan para su exposición en el Centro Cultural La Vecindad, de Cuernavaca, Morelos, 2008.



Exposición de pinturas de las niñas y los niños de la Unidad Lúdica “Margarita Septién”, en la Pinacoteca Universitaria, Colima, 2006.



Exposición de trabajos visuales de las niñas y los niños de la Unidad Lúdica “Margarita Septién”, en el Museo Trompo Mágico, Guadalajara, Jalisco, 2006.



Fusión de arpillera colombiana y trabajo con cera de Campeche de los huicholes, obra de las niñas y los niños de la Unidad Lúdica “Margarita Septién”, expuesta en la Asociación Betania, Colima, 1999.



Niñas y niños de la Unidad Lúdica “Margarita Septién” visitan al rector de la Universidad de Colima, Carlos Salazar Silva, con motivo de haber sido seleccionado su dibujo “Los niños tenemos derecho a ser felices” para el cartel de la reunión de la Organización de los Estados Americanos (OEA), 2000.



Inauguración de la exposición “Historias colimotas, platicadas por agujas y colores”, de Ana Rosa García Mayorga, Casa de la Cultura, 1994. Además de la artista, aparecen en el corte del listón el pintor Alejandro Rangel Hidalgo y Luis Ignacio Villagarcía, director del Instituto Colimense de Cultura.



Una muestra del trabajo de cartonería artística de Ana Rosa García Mayorga, 1994.

El Centro Cultural Mariano Jiménez  
presenta la exposición:

---

## ZOOLOGÍA ARQUETÍPICA

Ana Rosa  
García Mayorga

---

5 de Mayo No 610  
Viernes 20:00 hrs.  
07 de septiembre de 2012



Invitación a la exposición “Zoología arquetípica”, de Ana Rosa García Mayorga, 2012.





“Mi familia y yo por las huertas de Nogueras, rumbo a Comala”, tapiz de Ana Rosa García Mayorga, en la carpeta de arte *Historias colimotas, platicadas por agujas y colores*, Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Colima, 1995.



“Simbiosis del recuerdo... “Toda la vida””, tapiz de Ana Rosa García Mayorga, en la carpeta de arte *Historias colimotas, platicadas por agujas y colores*, Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Colima, 1995.



“Colima y Macondo se dan la mano”, tapiz de Ana Rosa García Mayorga, en la carpeta de arte *Historias colimotas, platicadas por agujas y colores*, Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Colima, 1995.



Ana Rosa García Mayorga recibe el Coming Up Taller Award,  
en Washington, D. C., 2006.



Ana Rosa García Mayorga recibe la Presea Rafaela Suárez, 2009, de manos del gobernador de Colima, Silverio Cavazos Ceballos.



Ana Rosa García Mayorga recibe reconocimiento como Maestra Universitaria Distinguida por parte del rector de la Universidad de Colima, Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, 2023.



Ana Rosa García Mayorga, festeja su cumpleaños, 2011.



Ana Rosa García Mayorga y sus dos hijos, Sigi Pablo y Maya Pineda García,  
Villa de Álvarez, Colima, 2011.







*Ana Rosa García Mayorga. Ludismo e imaginación creadora* constituye el perfil periodístico-literario de una docente colombiana y mexicana a la vez, artista de la palabra y el color, que se vuelca a despertar en sus obras, y en sus alumnas y alumnos, el sugerente poder de la libertad y la imaginación.

### Acerca de la autora

**Ada Aurora Sánchez** es doctora en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana. Ha publicado artículos de investigación, crónica, cuento y poesía. Entre otras publicaciones, es autora de *Libros a escena. Textos de presentación a obras de géneros diversos*; *Un deseo como llama urgente* y *Todo libro es una liebre*. Asimismo, es coautora de *Terrena Cruz. Vida y obra de Agustín Santa Cruz y Agustín Santa Cruz. Obra reunida*. Compiló y prologó *Veintidós poetas de Colima. Parota de sal, antología*. Realizó la edición, estudio preliminar y notas de *Labio sediento. Poesía*, de José G. Alcaraz. Actualmente es profesora-investigadora de la Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima, e integrante del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores nivel I, del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías. Contacto: [sanchezp@uclm.mx](mailto:sanchezp@uclm.mx)

